

LA ANTIPOLÍTICA: UNA FORMA DE HACER POLÍTICA

Dante Pino Pascucci S.

Mérida, 1 de febrero de 2023

Quiero agradecer la invitación que me ha hecho este valioso grupo de universitarios, el Movimiento 13, grupo que suele reunirse con regularidad para el estudio y discusión de los diversos temas que son de interés para la ciudadanía en general y para la comunidad ulandina en particular. Debo, igualmente, dar gracias al buen amigo y compañero de tantas luchas universitarias y ciudadanas, Dr. Alfonso León (Caracciolo), quien desde el año pasado ha venido realizando encuentros para el análisis y el debate de los distintos aspectos políticos, sociológicos, religiosos, económicos y filosóficos que procuran entender y explicar los acontecimientos mundiales, nacionales y regionales, los cuales no pueden ser ignorados, eludidos o sometidos a la más absoluta indiferencia, cosa por demás imperdonable en la más que Bicentenario Universidad de Los Andes.

He tenido la fortuna de participar en estos coloquios interesantes y hoy propongo para su consideración el tema relativo a la antipolítica. Espero que esta plática sea el inicio de una serie de reflexiones que necesariamente deben hacerse para contribuir a dilucidar este y tantos otros asuntos relevantes.

Siempre acostumbro dar a las palabras la importancia y el valor que en justa medida tienen. No en balde, los textos sagrados nos indican que: “Dios crea todo cuanto existe articulando su Palabra, mediante su **Verbo**” (**S. Juan 1: 1-18**). Por eso ahora se indica que “todo se hizo por él (por el **Verbo**), y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho”.

La palabra es creadora, tiene una fuerza y un peso comunicativo que al entenderse cada frase, cada expresión, entenderemos sus propósitos, todo cuanto se quiere decir con ella. Es así que centraremos parte de la exposición en el significado de la política y de la antipolítica.

Igualmente, suelo recurrir al recurso de la historia a los fines de conocer la génesis, el recorrido en tiempo y espacio y los contextos sociales, económicos, políticos y culturales en los cuales se desarrollan las categorías, las expresiones, el verbo, por consiguiente, el discurso, la narrativa que emerge creando o destruyendo. En tal sentido, haré referencia a algunas ideas que en otras oportunidades he expresado, así como también aludiré a personajes que nos dejan lecciones muy orientadoras. Veamos:

Marco Tulio Cicerón, dicho en latín Marcus Tullius Cicero, nació el 3 de enero del año 106 a. C. en Arpino, hoy provincia italiana de Frosinone, en el Valle Latino, y falleció un 7 de diciembre del año 43 a. C., en Formia, que en la actualidad es una localidad italiana de la provincia de Latina en la región de Lazio. Cicerón se destacó como jurista de la República romana, fue un gran político, filósofo, escritor y orador de reconocido y elevado prestigio, al punto de que es calificado como un maestro de la retórica, de majestuoso estilo en el uso de la prosa en latín; este extraordinario personaje afirmó en su obra *De Oratore*, Libro II, Cap. 9,36, que: la **“Historia vero est testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis”**, es decir, la historia es verdaderamente testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y heraldo de la antigüedad.

A pesar de lo expresado, los actuales tiempos se muestran reacios al tema de la historia (esa es la percepción que tengo y es lo que evidentemente se siente). Estos tiempos presentes se muestran en actitud banalizadora, habida cuenta de la trivialidad cotidiana tan carente de interés por la historia, que llama a no tenerla en cuenta, a no convocarla para la discusión fructífera, a mirarla con cierto desprecio, extendiendo una triste invitación a vivir sin memoria, acelerados, dejando el camino lleno de desechos, con rastros que denotan una huida hacia adelante; son los tiempos de **La Modernidad Líquida**, diría el gran ensayista Zygmunt Bauman, filósofo y sociólogo de origen judío, de nacionalidad polaca y británica, quien nos muestra que la sociedad líquida disuelve, diluye todos los principios consistentes, la sociedad actual vive en permanente incertidumbre, deshumanizándose y perfilándose en un constante “estado fluido y volátil”. Diría Jean Baudrillard que el mundo en su totalidad ha dejado de ser real para sumergirse en lo hiperreal y en la simulación.

Lo antes señalado, ese vivir sin memoria, hace olvidar que la vida, la existencia y la realidad como un todo tienen su espacio y su tiempo, en consecuencia, tienen su lugar en la historia. Al respecto, es pertinente hacer referencia a Benedetto Croce (1866-1952), escritor, filósofo, historiador y político italiano, figura notable del liberalismo, quien señala que: “historicismo es la afirmación de que la vida y la realidad es historia y nada más que historia”. El juicio histórico, ya con anterioridad lo he compartido con ustedes, no se limita a una simple y fría, por tanto, pasiva reproducción de los hechos; no, al contrario, es el esfuerzo inteligente por trascender la vida del pasado a los fines de entregarla y representarla en forma de conocimiento. La historia se nos presenta con su exacto y “preciso horizonte gnoseológico”, porque ella es conocimiento de lo contemporáneo, no es el pasado, es saber vivo que es estudiado por un interés que está en el presente.

En ocasiones precedentes y en escritos publicados con anterioridad he señalado que toda historia es, por tanto, historia contemporánea. En palabras de Croce: “porque, por remotos o remotísimos que parezcan cronológicamente los hechos que entran en ella, es, en realidad, historia referida siempre a la necesidad y a la situación presente”. Edward Hallet Carr (1976), en su obra *¿Qué es la Historia?*, dice que “el historiador debe observar el pasado con los ojos del presente”, a ello debemos agregar que sólo de ese modo podemos derivar lecciones de lo vivido. A consecuencia de esta transfiguración, la historia pierde su pasionalidad y se convierte en una visión necesaria de la realidad. Afirma este prestigioso historiador británico que la Historia será siempre “un proceso de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado” (1976; 40).

Puede afirmarse, con toda razón, que la historia está hecha de presencia humana en el tiempo. En otros momentos he señalado que esa presencia debe ser trascendente, cuestionadora, retadora, solidaria, creativa, transformadora, presencia en constante agitación y búsqueda; y en esta oportunidad lo ratifico, porque es allí donde la historia cobra toda su importancia ontológica, esa que en esencia tiene.

En ese recorrido histórico que propongo hacer, así como ese mirar la esencia de las palabras, comencemos por poner el interés en la Política, en mayúscula, así escrita no por simple retórica sino por el peso determinante que ella tiene en la vida de los seres humanos en sociedad, viviendo en la polis (πόλις), en la ciudad, término que se extiende al Estado y a la sociedad, lo que da lugar a la politeia, a la ciudadanía, al conjunto de los ciudadanos.

Ser ciudadano significaba para los griegos pertenecer a la Ciudad que, al decir de Jean Touchard, en *Historia de las Ideas Políticas*:

...es un don de los dioses, como lo es el trigo: ella basta para distinguir a los

helenos civilizados de los bárbaros incultos que viven en tribus. La Ciudad es una unidad política, no reducible a una aglomeración urbana; es la organización política y social unitaria de un territorio limitado que puede comprender una o varias ciudades, así como la extensión de campo que de ellas depende (1975;25).

Este sinecismo o sinoicismo (**συνοικισμός, synoikismós**) que, Ad litteram, en griego antiguo significa "cohabitación", con lo que, en el caso de Grecia, se hace referencia a un proceso histórico por el que una serie de grupos o poblaciones que previamente han estado separados se unen formando una ciudad estado lo que implicaba un proceso mediante el cual se procuraba la mayor protección. Son los tiempos de la Polis, de la política. Norberto Bobbio (1988) refiere que este término es un legado Aristotélico gracias a la obra de este gran filósofo griego intitulada **Política**. Igualmente, afirma Bobbio que la misma es ciencia y arte del gobierno y se ocupa del estudio de la "actividad humana que de alguna manera hace referencia a las cosas del estado" (1988; 1.240).

En la modernidad, sostiene Bobbio, aparecen expresiones que definen la política como "ciencia del estado, doctrina del estado, ciencia política, filosofía política, etc., y se emplea comúnmente para indicar la actividad o el conjunto de actividades que de alguna manera tienen como término de referencia la polis, es decir el estado"(1988; 1.240).

De conformidad con la filosofía hegeliana, en el Estado se concreta y se revela el momento culminante y último de la evolución del Espíritu, por tal motivo el Estado es la manifestación de la eticidad absoluta, y es justo en este plano de la dimensión moral donde se alcanza la plena emancipación humana. El hombre llega a relacionarse con el Estado a través de la abstracta condición de ciudadano, en la que la burocracia como clase con intereses universales administra el Estado y garantiza tal consecuencia emancipadora.

Al decir de Bobbio, la política, y con ello todo cuanto forma parte de su esencia, verbigracia el poder, es una "forma de actividad o de praxis humana", en la que se da una relación entre el Estado y los ciudadanos. Para Aristóteles (384 a.C., 322 a.C) el poder político es una de las formas del poder del hombre sobre el hombre, y para este pensador es el interés de la persona en favor de quien se ejerce el poder lo que lo distingue, pues en los gobiernos corruptos y despóticos se ejerce en interés del gobernante, mientras que en las formas adecuadas y correctas el poder se ejerce en beneficio del gobernado, lo cual queda legitimado en virtud del consenso (ex contractu), tal y como ocurre en auténticas democracias hasta convertirse en un rasgo ético, distintivo del buen gobierno.

Diego Bautista (2012), en su escrito intitulado **La vinculación entre ética y política**, indica que:

En las antiguas civilizaciones, tanto en Oriente como en Occidente, encontramos autores que señalan la estrecha relación entre ética y política. En la Grecia clásica, uno de los más grandes sabios de la antigüedad, Aristóteles, al igual que algunos otros de sus contemporáneos, no concebía la política separada de la ética. Ambas disciplinas son una mancuerna que avanza hacia un mismo fin: el bien supremo del hombre. Este sabio griego enseñó en sus escritos que todos aquellos que aspiren a ejercer cargos políticos deberían pasar primero por el

filtro de la ética, saber noble que permite conocer la naturaleza humana, las distintas costumbres así como las formas para manejar el carácter y comportamientos de los miembros de una comunidad (S/P).

Acota el citado autor que este saber, este conocimiento, es imprescindible para cualquier político que pretenda gobernar, que además está obligado a gobernar adecuadamente, “gobernar bien”.

Acá estamos ante lo que teleológicamente se considera debe ser el quehacer político, es decir, los fines de la política. Estos últimos los identificamos conforme a la realidad histórica, por consiguiente, de acuerdo con el grupo o sector que detenta el poder, en un contexto determinado y conforme a un plan o interés particular. Es así cómo podemos observar que hay algunos grupos que en el ejercicio de la actividad política, bien identificándose como actores políticos, o bien como antipolíticos (en mi criterio una forma de hacer política), generan distopía.

Una **distopía** o **antiutopía** es una sociedad “ficticia indeseable en sí misma”. Este término procede del griego y ha sido expresado como el antónimo más directo de utopía, otra frase de origen griego, la cual fue creada por santo Tomás Moro al colocarla como el título de su obra más famosa (**Utopía**), cuya publicación fue hecha en 1516; en la misma, Tomás Moro nos presenta con perfecta descripción un modelo para una sociedad ideal en la que habría unos niveles muy bajos, mínimos, de violencia, criminalidad y pobreza.

Las distopías suelen caracterizarse por presentar una elevada deshumanización, todo lo contrario a la idea de la antropo-ética propuesta por Edgar Morin, pues en las distopías los gobiernos suelen ser tiránicos, hay conflictos de grandes dimensiones, daños graves al medio ambiente, hambrunas, represión y tantos otros hechos que se asocian como características propias de la decadencia y el “declive cataclísmico en la sociedad”.

Conforme a lo arriba señalado vale preguntarse cuál es el significado, el origen y la razón de ser de la antipolítica. Al revisar todo cuanto ha sido dicho y escrito respecto del tema, encontramos que, latu sensu, la misma es considerada como el modo de proceder de todos aquellos que se muestran adversamente a la política, por consiguiente, es una actitud de rechazo, de confrontación desde una postura “aséptica” (falsamente aséptica, tal y como nos lo muestra la realidad), siendo, en verdad, una forma de crecer en la política denostando de esta última. Por ello, de un modo más riguroso, strictu sensu, la antipolítica se expresa en movimientos, grupos de poder y personajes procedentes de mundos distintos al de la militancia partidista (empresarios, artistas, militares, humoristas, deportistas, etc.) que, mostrándose como salvadores, suelen tomar parte en el mundo político, en algunas oportunidades participando en elecciones desde la crítica acérrima contra la política, en gran medida contra la democracia desde una suerte de “desmesura del orgullo y la arrogancia”: la **hibris** (en griego antiguo ὕβρις *hýbris*).

En los últimos años hemos podido constatar el éxito de estas posturas antipolíticas que hunden el dedo en la herida de lo que se ha quedado a deber desde el quehacer político en cuanto a las

expectativas de bien común, calidad de vida, buen gobierno, pulcritud en los manejos de la cosa pública, menos burocratismo y respuestas más satisfactorias, eficientes y eficaces de cara a las exigencias generales de las poblaciones. Lo cierto es que estas expectativas son dignas de ser estudiadas y analizadas desde la antropología política, toda vez que, como lo indica Anna María Gentili, en el volumen I del Diccionario de Política, “esta disciplina ha intentado redefinir nociones fundamentales como: poder, autoridad, acción política, acción administrativa, legitimidad, sistema político, gobierno...” (1988; 81). La antropología política nos permite entender todo cuanto ocurre en torno al avance de los autoritarismos, de las autocracias.

El informe *Libertad en el Mundo 2022* señala que la autocracia está logrando avances contra la democracia y animando a más líderes a abandonar el camino democrático de seguridad y prosperidad, con países que sufrieron declives democráticos durante el último año superando en más de dos a uno el número de aquellos que mejoraron (Freedom House, 2022).

¿CUÁLES SON LAS CONDICIONES PROPICIAS PARA LA ANTIPOLÍTICA?

Las crisis, sin ninguna duda, conforman el escenario propicio para la narrativa antipolítica; las crisis, generalmente, se presentan por separado pero muchas veces pueden configurar un coctel de situaciones graves, límites, muy complejas, tales como crisis económica, social, de legitimidad, ética, de resultados, crisis por mala gobernanza (resultados catastróficos en la gestión, dado que no se aprecia un desarrollo económico, social e institucional estable) todo lo cual genera que la población manifieste su indignidad, lo que hace que el oportunismo antipolítico se enseñoree planteando la necesidad de echar a los políticos para que nuevos actores se hagan cargo de la situación. El análisis de tal fenómeno lleva a descubrir que muchas veces, “con el traje cambiado”, esa regeneración es propuesta por personajes que han sido, de alguna manera, los propiciadores de las crisis.

En el caso particular de Venezuela, con respecto a la realidad política que se venía viviendo en las últimas décadas del siglo XX, Moleiro escribía que los problemas se habían tornado “circulares, insolubles”. Denunciaba que el poder, por ausencia de democracia, se había tornado arbitrario. “Y la arbitrariedad y las maneras de burlar las leyes en beneficio propio para mantener privilegios son un elemento constitutivo y un mecanismo funcional del poder en cuanto tal. Como era antes. Como lo fue siempre. Como se prometió que no seguiría siéndolo” (372; 1988). A partir de esa realidad la antipolítica fue apareciendo para poblar el mundo político.

Rafael Simancas (2020), en un trabajo que lleva por título *Política y antipolítica*, nos dice que la antipolítica es un fenómeno de vieja data, a lo largo de la historia se aprecia que suele aparecer cada cierto tiempo, siempre en momentos de graves crisis que suelen afectar la estabilidad y el ritmo de las instituciones democráticas. Y recurrentemente busca lo mismo: apartar la política del interés común, para ponerla al servicio del interés de unos pocos; sus exponentes se valen de la decepción que viven los pueblos por efecto de la corrupción y, como lo ha dicho el Papa Francisco, por efecto de los arreglos mafiosos de los poderosos, todo lo cual, siguiendo lo manifestado por el Sumo Pontífice, va generando en los jóvenes y en los adultos el virus del “descompromiso político”.

La antipolítica en nada se parece a la crítica que en el tardío Renacimiento hiciera Erasmo de Rotterdam (1466-1536), gran humanista, teólogo cristiano, filósofo y filólogo, en su *Elogio de la locura* (1511). Este agudo observador quería que la sociedad misma pudiera apreciar sus contradicciones, sus errores, sus flaquezas y debilidades; puede afirmarse que esa crítica a la sociedad, a sus instituciones y a figuras relevantes, incluidas las políticas, era un llamado a esclarecer, a reflexionar para que pudieran superarse los “excesos de las pasiones y contradicciones humanas” a los efectos de que se generase el cambio necesario.

Simancas señala que en la antipolítica, generalmente, se observan “dos vertientes: la populista y la tecnocrática”.

En la primera suele estar presente el discurso denigrante y descalificador respecto de la democracia, pues el objetivo es crear las condiciones para que el poder del autócrata logre posicionarse, es un arremeter contra la política democrática para sustituirla por “el taumaturgo, el falso salvador, el demagogo”.

En el caso de los tecnócratas, Simancas nos dice que estos suelen abjurar de la política, fundamentalmente la de carácter democrático, y en su lugar promueven el poder (el krátos) de los mejores (los áristos), el gobierno de los aristócratas.

Sí, la política tiene muchos defectos, pero es insustituible.

Y sí, la política democrática resulta a veces insuficiente, limitada, lenta, contradictoria, exasperante... pero la única alternativa compatible con la salvaguarda de nuestros derechos y libertades es... una mejor política democrática” (Simancas. S/P; 2020).

Giovanni Sartori, en *Elementos de Teoría Política*, nos expresa que “Las democracias son difíciles, deben ser promovidas y creídas” (31; 1999). Por ello, el elemento ético es fundamental a pesar de que algunos insistan en separar la política y la ética, tal y como en su tiempo, en 1532, lo hizo Maquiavelo con su obra **DE PRINCIPATIBUS: EL PRÍNCIPE**.

El filósofo centroamericano Serrano Caldera nos comenta que en la antigua Grecia, en la polis, “...era un sinsentido la existencia de la política sin la ética, porque toda política debe ser una ética en su desarrollo” (2005; 2).

En diferentes oportunidades he expresado que en la política el sistema que debe ser más transparente, sin simulación y sin falsificación de la verdad, es la democracia; ésta, por ser irreverente frente a su antítesis, por ser desafiante, transformadora, inagotable en sus formas, contenidos y posibilidades, se abraza a la ética, ya que la ética, como dice Fernando Savater, se liga o se vincula con “la toma de decisiones”, se vincula, se relaciona con la acción, dado que es imposible que haya ética sin acción, “no hay ética de las estatuas, porque éstas no se mueven” (1999; 39).

Sólo desde la democracia que, como suelo comentar, es más que una categoría política para mostrarse como una cosmovisión ética más próxima a la esencia humana, es posible vivir en un orden inclusivo, sustentable, no discriminador y superador de dificultades e injusticias. Cuando tal cosa no sucede, cuando ello se frustra, ocurre lo que decía Moisés Moleiro en un texto de su autoría intitulado *Las Máscaras de la Democracia*: “...no haber logrado fundamentar la esperanza inicial ni construir lo

que tantas veces se prometió, trajo una especie de recaída en nuestras peores tradiciones republicanas. Lo viejo vuelve, al no haberse originado una nueva vida” (371; 1988). Moleiro fue un destacado combatiente contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, extraordinario dirigente político, gran parlamentario, escritor y pensador agudo, uno de los fundadores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), posteriormente dirigente del MAS.

¿QUÉ HACER?

Esta es una pregunta que suele surgir cuando estamos frente a un destino que, como se dice en los comentarios que se hacen del famoso tango **Cambalache**, de Enrique Santos Discépolo, cada vez, al parecer, habrá menos valores y más **dublé**, es decir, puras baratijas, “alhaja fina en oro falso”.

Por lo visto se torna importante la formación de un liderazgo cuya finalidad es la de alcanzar una **Consciencia Superior** basada en **EL SER, EL SABER Y EL HACER**.

La **Consciencia Superior** significa dar respuesta libre y consciente a la llamada que surge de la circunstancia, a la intencionalidad, al deseo manifiesto y a la voluntad espiritual de hacer conscientes los planes del yo, del ser humano capaz de identificar las consecuencias de estos en la vida, para entregarlos y darlos. Así mismo, alcanzar un mayor estado de consciencia traduce que se tiene un elevado grado de atención y percepción en el que la persona puede comprender en profundidad la realidad y los aspectos espirituales de la vida. Esto juega un rol principal en la evolución personal y en el desarrollo psicológico que caracterizan al Liderazgo Transformacional con todos sus elementos identificadores.

Usamos la mente consciente con el propósito de saber cómo hacer lo que se va a hacer, las personas, con la mente consciente, concentran su atención en los detalles para ejecutar las acciones. Se decide si hacemos o no una determinada cosa, valoramos los pros y los contras, si escogemos una u otra opción.

Así ha de obrar el Liderazgo Transformacional con el fin en mente de superar los visceralismos de vieja data, la absurda dualidad de Política y Antipolítica. Desde el Liderazgo Transformacional se gestiona esa **Consciencia Superior** en el quehacer de las personas con orientación al bien de los humanos, pues lo que crea nuestro mundo es nuestra consciencia y ella nos revela a **El Ser**, el cual es esencia y es mucho más que el tener porque es espiritualidad,

La capacidad de obrar, capacidad de hacer, **El saber hacer**, implica que el ser humano tiene la potencialidad de conectarse con la estructura social de la que forma parte, moviéndose con arquetipos positivos. El pensar y el actuar nos muestran al ser humano con posibilidades de conocer y comprender críticamente el mundo en el que vive (y eso es el **Philos-sofhos**), estando emplazado a amar el lugar donde se está, **“el locus”**, para hacerlo un espacio pleno de auténtica y genuina humanidad. Por consiguiente, la política debe ser, en los términos expresados por Ghandi, un ejercicio fundado en principios, caso contrario se incurriría en uno de los **“Siete Pecados Sociales”** por él señalado: **“La Política sin principios”**.

Aldo Moro llegó a decir, con toda razón, que es el bien y no el mal lo que hace posible la vida, que: **“Gobernare significa promuovere una nuova condizione umana”**: **Gobernar significa promover una nueva condición humana.**

Esta **“nueva condición humana”** se logra mediante actividades diversas, pero igualmente interrelacionadas, se logra con el trabajo, que es quehacer práctico, y con la reflexión, con lo contemplativo, pensando con sentido crítico, mediante la elaboración de juicios, todos los cuales concurren como elementos emblemáticos y fundamentales (arquetípicos) para el Liderazgo Transformacional, para el quehacer político con sentido ético, fundado en la **Supraconsciencia, en la Consciencia Superior, que es energía de altísima frecuencia.** “El universo es **Consciencia y Energía** asociadas” (Van Lysebeth, 1990).

A propósito de la importancia de la comunidad, que en definitiva es la polis, por la cual debemos mostrar interés, so pena de ser idiotas: del griego idiotas (**ιδίος**), el que no se inquieta ni se ocupa de los asuntos públicos, sino sólo de sus intereses particulares, Eduardo Carrasco, en un ensayo publicado en la Revista de Filosofía de la Universidad de Chile, ensayo que lleva por título **Filosofía y Política**, nos refiere que la palabra "política", siendo considerada en varias direcciones, alude a un particular aspecto del vivir humano, de la existencia del ser humano, como lo es ese vínculo que une y ata a los hombres y que determina el espíritu gregario que lo lleva a vivir en sociedad. La política connota una parte o faceta de la existencia humana, es ese puente que comunica a los seres humanos y los lleva a vivir en sociedad.

El sólo hecho de que todos pertenezcamos a una “polis” –dice Eduardo Carrasco– es, por tanto, lo específico del existir, el ser y estar de lo humano, la propia existencia humana, que únicamente es digna de que se le considere como tal cuando se conecta y se abre con sentido de alteridad hacia la realidad de otras vidas, la otredad, y cuando establece lazos por los cuales ella comparte el mundo con los otros, con sus congéneres. En este caso, Carrasco afirma que:

... la política ya no es una acción o una actividad, sino un aspecto esencial de nuestra manera de ser. En este sentido, no está en las manos del hombre el hecho de ser o no ser político, hasta el punto de que la política ni siquiera es algo que se pueda elegir hacer o no hacer, pues derechamente no es algo que se "haga". Se es político, en cuanto el hombre, como decía Aristóteles, es un "animal político" (2007; 1).

Por ello, para Aristóteles el bien supremo del hombre es la felicidad: La **Eudaimonía**. Esta última es la máxima virtud, y es así que desde la propia experiencia, desde los hechos y la buena disposición se logra alcanzar el máximo grado de perfección y virtud en toda actividad que se realice, incluida la actividad política. De este modo se alcanza la felicidad o la bondad, a la que se llega por muchos caminos. De allí que la esencia gregaria que nos ha identificado a lo largo de la historia, nos empuja hacia el **El Saber** el cual resulta de esa tendencia a vivir agrupados, y ese vivir juntos hace emerger el hacer social, el hacer material y espiritual que se representa con los códigos, con los signos y con la palabra, construidos todos ellos para crecer hacia el conocimiento, hacia la ciencia, hacia lo epistémico

para que con el liderazgo transformacional construyamos, en democracia, nuevos paradigmas en el ejercicio de la política.

Como consideraciones finales, y conforme al antes referido necesario cambio de paradigma con respecto al poder, estimo que la función de dominación debe ser trascendida para ir al paradigma de la cooperación y la corresponsabilidad, y eso es democracia. Con fundamento en la defensa de los derechos humanos, sugiero acercar ética y política en la idea de la *Communitas Convivalis* en aras del ***Buen Vivir*** y de la ***Buena Gobernanza***.

Muchas gracias...

REFERENCIAS DOCUMENTALES

BOBBIO, Norberto y MATTEUCCI, Nicola. (1988). **Diccionario de política**. Volumen II. México: Siglo Veintiuno Editores.

CARRASCO, Eduardo (2007). **FILOSOFÍA Y POLÍTICA**. Revista de Filosofía Volumen 63, (2007) 9-35. Chile: Universidad de Chile.

CARR, Edward. (1976). **¿Qué es la Historia?** Sexta edición, Barcelona: Editorial Seix Barral

CICERÓN, Marco Tulio. **De Oratore**, Libro II, Cap. 9,36.

Diego Bautista, Oscar (2012), **La vinculación entre ética y política**. Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México. Publicado en E-Prints Complutense. Repositorio Institucional de la Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/index.html>

Freedom House (2022). **NUEVO INFORME: El autoritarismo desafiando a la democracia, ese es el modelo dominante global.**

Disponible en: <https://freedomhouse.org/es/article/nuevo-informe-el-autoritarismo-desafiando-la-democracia-ese-es-el-modelo-dominante-global>

GENTILI, Anna María (1988). **Diccionario de política**. Volumen I. México: Siglo Veintiuno Editores.

MARÍAS, Julián (1980). **Historia de la Filosofía**. Madrid: Biblioteca de la Revista de Occidente. Trigésimo segunda edición.

MOLEIRO, Moisés. (1988). **Las máscaras de la democracia**. Venezuela: Ediciones Centauro.

San Juan. 1:1-18. **Nuevo Testamento**.

SARTORI, Giovanni (1999). **Elementos de teoría política**. España: Alianza Editorial.

SAVATER, Fernando (1999). **Ética y Ciudadanía**. Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

SERRANO, Alejandro (2005). **Ética y Política**. Polis Revista Latinoamericana, 10 | 2005. Editor: Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas (CISPO). Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, México.

SIMANCAS, Rafael. (2020). **Política y antipolítica**.

Disponible en: <https://fundacionsistema.com/politica-y-antipolitica/>

TOUCHARD, Jean (1975). **Historia de las Ideas Políticas**. Madrid: Ed. Tecnos, Colección de Ciencias Sociales. Serie de Ciencias.

